

TENERIFE

Y

“EL ANGEL EXTERMINADOR”



Mayor ROBERTO IBAÑEZ S.

“Estoy desesperado por saber que se ha reunido el batallón de Honda con Maza. Para mandar este batallón nadie lo hará mejor que Maza interinamente. Estoy reconciliado con él, pues nada he sabido contra él.

Pienso mandar el grado de coronel a Córdoba luego que haya obtenido algún suceso para que mande en jefe todas las fuerzas del Cauca y Magdalena. Me parece que lo ha de hacer muy bien y me llevaré un gran chasco si este joven no sale un excelente oficial”.

BOLIVAR

La Batalla de Tenerife cuya efemérides sesquicentenario conmemoramos el 25 de junio, reviste especial importancia; no solo como consecuencia militar de Boyacá y feliz comienzo de la Campaña Libertadora de la Costa Atlántica que habría de culminar exitosamente con la rendición de Cartagena al siguiente año, sino por las circunstancias heroicas de su desarrollo y dantescas de su final. Con ella evocamos la gloria de dos de las más grandes figuras granadinas de nuestra Independencia; principalmente la vengadora, terrible, despiadada e implacable de Hermógenes Maza y tangencialmente la intrépida, apoteósica, pero no menos decidida y firme de José María Córdoba.

El primero inicia lo que podríamos llamar la segunda etapa de su vida patriótica, al conocer el triunfo de Boyacá aquella mañana del 9 de agosto de 1819; en que según José María Espinosa, en su compañía, fueron muchos los chapetones que en las salidas de Santa Fe quedaron atravesados por la temible lanza de Hermógenes Maza, y hasta la vida del mismo Libertador corrió inminente peligro al ser confundido con algún chapetón que huía de Boyacá.

El segundo, adolescente apenas y veterano ya de muchos combates y batallas, recibe como el mejor galardón de sus triunfos, la oportunidad de libertar su patria chica; tarea que ejecuta con admirable brillantez.

Respecto a Maza, dice Carlos Delgado Nieto: "Al amanecer del 15 de agosto de 1819, salía de Bogotá en dirección

a Honda, el batallón que comandaba el Teniente Coronel Hermógenes Maza. Ese día iba a comenzar la verdadera guerra a muerte. La gran venganza comenzaba.

Eran más de cuatro mil pesos los que la Campaña de Venezuela había dejado quietos en Santa Fe y ahora iban en las alforjas de Maza para asesorar su valentía y la de sus soldados en la persecución de los realistas

En las cercanías de Honda comenzó el exterminio. Todo español que caía en manos de Maza era fusilado instantáneamente".

¿Pero cuál era el motivo de tamaña conducta? ¿Cómo pudo aquel rubio, fornido y agraciado estudiante santafereño del Colegio del Rosario, formado en los más nobles sentimientos de bondad, torcer su comportamiento en forma tan radical? ¿Cómo es que el gentil Comandante de Caracas que con su protección había ganado para la causa y su persona muchos españoles no podía verlos ahora sin que su alma se estremeciera de rencor y consecuentemente ordenara su ejecución o algunas veces la realizara con su propia mano?

La respuesta la encontramos en los mismos españoles, en la conducta pacificadora, en los ríos de sangre y barbarie que Morillo y sus subalternos hicieron correr por los campos granadinos y venezolanos. Y la familia Maza, naturalmente no fue la excepción:

Vicente, muerto en la Campaña del Sur; su madre vigilada y amenazada había sucumbido en la indigencia; y Manuela la heroína que el 20 de julio de 1810 impidió la sangrienta orden de



General HERMOGENES MAZA

Sámano de disparar contra la multitud, acosada por los sabuesos de tan nefasto personaje convertido en Virrey, viuda y mi serable se escondía en Zipaquirá. Y qué decir del propio Hermógenes, quien prisionero de los españoles por 18 meses había sido víctima no solo de las torturas psicológicas casi diarias del fusilamiento, sino de los brutales atropellos de un tal sargento Brito, que el Angel Vengador pondría luego en sus manos aquella tarde apoteósica del 10 de agosto de 1819.

Más no es simplemente el instinto vengativo de Maza el que ahora se insinúa como un apocalipsis para los españoles que huyen o defienden el río Magdalena; es un afán de servicio desinteresado a la patria que no se detiene en consideraciones humanas, la guerra a muerte no ha sido revocada oficialmente, y él, que la ha vivido, está dispuesto a continuarla en todo su rigor.

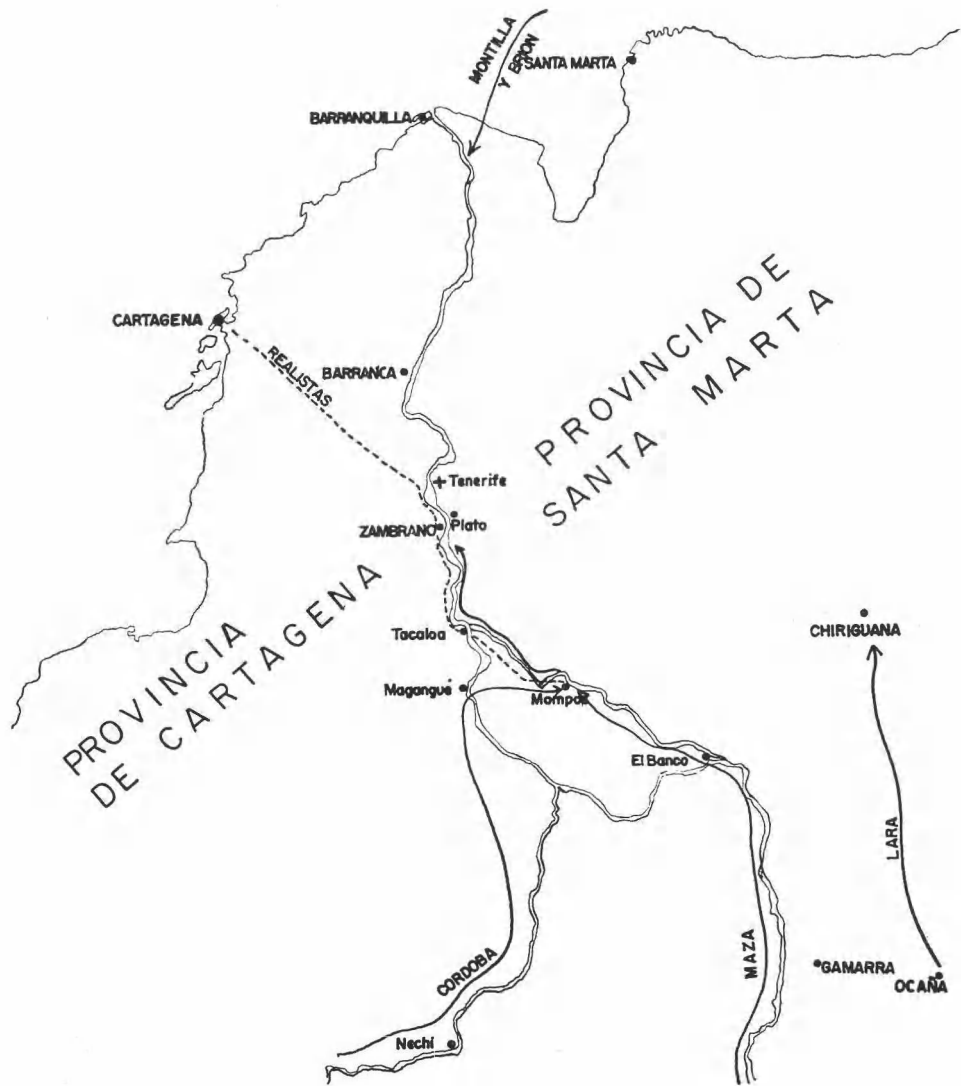
El año de 1820 comienza exitosamente para la causa republicana; en Antioquia y el Magdalena Medio, los realistas ceden ante las espadas de Maza y Córdoba, mientras Montilla triunfa en Santa Marta y Lara progresa desde Ocaña; pero como los españoles quieren establecer un cerco protector a Cartagena, el Libertador resuelve unir las fuerzas de Maza y Córdoba para que conjuntamente obren sobre el Banco y Monpós, en apoyo del desembarco de Montilla y Brión en Sabani-lla; así, ofició directamente a ellos, y a Santander en los siguientes términos:

“Al Excelentísimo señor Vicepresidente de Cundinamarca.

Tengo el honor de incluir a V. E. el extracto de las noticias que el señor Coronel Lara me participa en oficios de 10, 17 y 18 del corriente, en marcha para Chiriguaná. Las declaraciones de que he sacado este extracto no dejan lugar ninguno a la menor duda de los declarantes. Unos son soldados de los mismos que se hallaron en la batalla del 25, otro es un Oficial que se refiere al dicho de cinco desertores con quienes habló, y todos manifiestan todavía el terror de que fueron poseídos. Las relaciones por otra parte son tan unánimes, que es imposible sospechar siquiera una duda, mucho más cuando los deponentes han sido examinados en diferentes días y no han venido sino dispersos.

Como a consecuencia de estos sucesos es forzoso que el enemigo concentre sus fuerzas y levante un gran cuerpo en Cartagena, quiere S. E. que además de las órdenes que ha dado V. E. el Teniente Coronel Córdoba para que dirija sus operaciones con prudencia, libre V. E. otras directamente al Comandante militar de Antioquia, para que le envíe en auxilio todas las tropas que haya en la Provincia, recomendándole y encareciendo la urgencia.

Por repetidas veces he hablado a V. E. sobre la importancia de la marcha del batallón de Honda en refuerzo de nuestra escuadrilla del Magdalena. Si es positiva la evacuación del Banco por los enemigos, está ya el Comandante Maza en el caso de obrar sobre Mompós directamente, no solo para ponerse en disposición de ocupar con más facilidad el territorio que evacue el



enemigo si se concentra, sino para estar más al alcance del Comandante Córdoba y prestarle mutuos auxilios o reunirse si fuere necesario. Así se lo ordenó a Maza previniéndole obedezca las órdenes del Teniente Coronel Córdoba, como Comandante general de los cuerpos de operaciones del Cauca y Magdalena.

Lo digo a V. E. para su inteligencia y cumplimiento, de orden del Libertador.

Dios, etc. Rosario, junio 23 de 1820.

Pedro Briceño Méndez”.

A mediados de junio la plaza de Mompós como importante llave militar de Cartagena, estaba defendida por 500 veteranos del Batallón Albuera, al mando del Coronel don Miguel Valbuena, y protegida por una flotilla española sobre el Magdalena.

Por esta razón, Córdoba que se encontraba en Magangué resuelve marchar sobre Mompós en forma sorpresiva por las difíciles ciénagas que forman el caño Cicuco, y la ocupa en la tarde del 19 de junio; los españoles no esperan el ataque del joven militar antioqueño y huyen desde las horas de la mañana, luego de formidable exacción a los habitantes. Lamentablemente el destacamento que Córdoba había colocado sobre Tocaloa, no cumple cabalmente su misión y facilita la huida de la guarnición española, cuya flotilla se hace fuerte en Tenerife.

En la noche del 23 de junio, Maza que como hemos visto, avanzaba por el

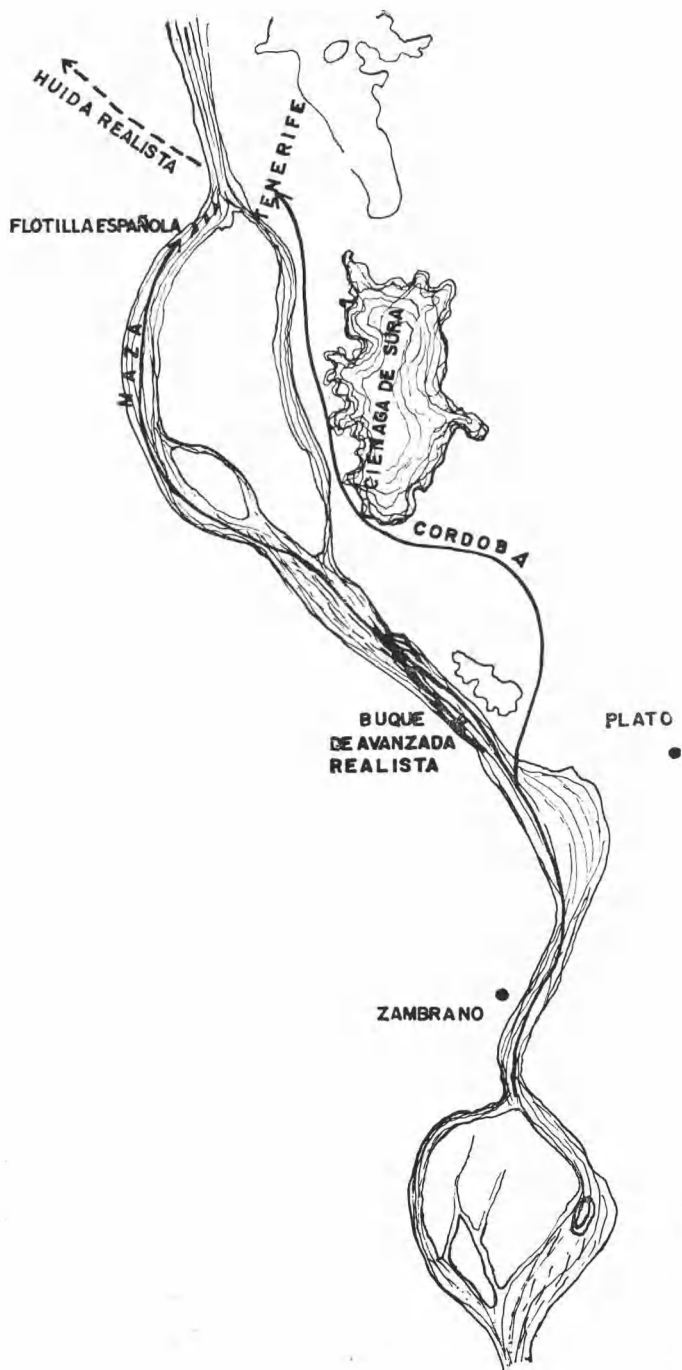
Magdalena, se une a Córdoba en Mompós. Este último escribe al día siguiente a don José Manuel Restrepo, Gobernador de Antioquia.

“Anoche se me reunió la escuadrilla compuesta de 7 buques y algunos escuchas, y 150 fusileros, de modo que a las dos o a las cuatro de la tarde marchó con dicha escuadrilla y 350 fusileros a atacar rápidamente el enemigo en donde esté, reunir los dispersos en Magangué y en fin, a hacer grandes cosas, o que me lleve el diablo”.

Efectivamente, los dos temerarios jefes granadinos inician en la tarde del 24 de junio su aproximación a Tenerife por agua, en siete embarcaciones adaptadas por las circunstancias a buques de guerra. Los españoles tenían once buques mejor dotados, al mando del Teniente Coronel de la Infantería de Marina Española, don Vicente Villa, y en tierra el Capitán Esteban Díaz, de los vencidos de Boyacá, comandaba doscientos hombres del Regimiento de León.

En las horas de la noche cuando solo se escuchaba el murmullo de las quietas aguas del río, el Teniente Benedicto González Comandante de La Vanguardia, cerca a Zambrano apresa una canoa y por sus tripulantes se informa de que el primer buque enemigo se encuentra estacionado en Caño Plato; envía a sorprenderlo un destacamento al mando del Cabo José Antonio Ramírez, quien ejecuta la operación en excelente forma.

Luego, de acuerdo al plan establecido y como el enemigo se encuentra a corta distancia, las Fuerzas Patriotas



se fraccionan en 2 grupos; la flotilla con 150 fusileros al mando de Maza se aproxima por el río y Córdoba con doscientos infantes por tierra bordeando la ciénaga de Sura.

Así, en la madrugada del 25 de junio, cuando todavía la oscuridad y las brumas del río envolvían la flotilla española, aparecen de improviso las fuerzas del Teniente Coronel Hermógenes Maza, quienes prácticamente en el mismo momento en que el centinela enemigo da el grito de alarma, machete en mano se lanzan al abordaje con fiereza y temeridad; los buques que intentan huir se ven impedidos por los garfios que saltan de las embarcaciones patriotas y la mayoría de los marinos españoles pasan del plácido sueño a la eternidad, sin que despierten a la realidad.

Los artilleros de tierra no pueden proteger sus barcos porque la confusión y la oscuridad se lo impiden; y al observar la tremenda explosión del "Príncipe de Asturias", buque insignia de la flotilla española y del "Santa Bárbara", cuyos capitanes les prenden fuego para evitar su captura, se inicia la huida desordenada hacia Cartagena.

Pero son muchos los prisioneros que las ágiles lanchas republicanas toman en los barcos, en el río y en tierra; y cuando la claridad del alba se insinúa en todo su esplendor, las sombras de la venganza de Maza aparecen con pálido tinte de sangre.

Veamos al respecto la que dice José María Baraya: "El bongo llamado "La Comandancia", fue el teatro principal de esa terrible retaliación, no

quedando de él ni un solo punto del color de la madera, según nos refirió en el mismo Tenerife un testigo presencial. Tan solo el español, señor Juan Sordo, padrino y maestro de Maza, logró por estas consideraciones, el perdón de la vida y que se le diera pasaporte para Bogotá, donde esta salvación causó verdadera sorpresa por ser Maza el que firmaba para un español ese pasaporte".

Por otra parte don Carlos Delgado Nieto en su libro: "Hermógenes Maza (El Vengador)", narra así tan macabra culminación de la batalla: "Fue el amanecer más triunfal y al mismo tiempo más doloroso que tuviera jamás el río Magdalena; sus aguas no han vuelto a recibir desde entonces igual cuota de sangre.

Maza, sentado en su silla, le daba la espalda al sol, y este ponía en los cabellos del teniente-coronel un brillo satánico. En su cara era ahora más hondo ese rictus que le dejara la cárcel de Caracas. Quizá nunca como en ese momento del terrible desquite se acordó Maza con tanto placer de sus sufrimientos. ¡Qué pocas esperanzas debía infundir su cara a los prisioneros!

—¡Que pase el primero!

El interrogatorio fue breve, brevísimo. El oficial español a quien había tocado el primer turno no negó su fervor por la causa del rey; pero tenía, naturalmente, atenuantes que alegar. Comenzaba a decirlos cuando tronó la voz de Maza:

—¡Al baño!

Fue una voz de mando que solo se oyó en Tenerife.

Los forzudos soldados de Maza pusieron el cuello del oficial sobre la borda de "La Comandancia", y uno de ellos descargó su machete sobre él. La cabeza saltó al agua y el cuerpo se estremeció, antes de ser también lanzado al agua, y favoreciendo con sus convulsiones el lanzamiento al río. El río había de ser una cómoda fosa común. Maza miraba la ejecución sin mover ninguna de las falanges de sus dedos. Los dos hombres se cuadraron en señal de orden cumplida.

—¡Otro!, fue la segunda orden, un poco despectiva.

Ni siquiera para la muerte gastaba tiempo en fórmulas el hombre del exterminio.

—¡Al baño!, rugió otra vez el teniente-coronel cuando este segundo reo trataba de reducir sus culpas con un notorio ceceo ibérico.

Fue entonces cuando a Maza se le ocurrió (extraño recurso judicial) verificar el origen de los prisioneros —entre los cuales podría haber algunos americanos— poniéndolos a pronunciar la palabra "Francisco". Con esto el procedimiento fue más rápido: hombre que pronunciaba la ce a la española, era hombre perdido, iba "al baño" sin remedio...

...La degollina continuó más rápida, para hacer otra pausa con el prisionero número setenta y dos, el único que había de salvarse. ¿Quién era? ¿Qué títulos podía alegar este chapetón para escapar al machete justiciero? Era un

hombre entrado en años, casi un anciano.

—Yo soy su padrino, señor, y fui su maestro; yo lo tuve en mis brazos cuando niño. ¡No me mate usted!

Maza inclinó con curiosidad su torso fuerte hacia ese hombre lloroso, más envejecido por la terrible madrugada y por la tremenda expectativa de la muerte. En esas facciones deformadas alcanzó, sin embargo, a identificar a don Juan Sordo, al buen don Juan de la escuela de las Nieves, y por su mente cruzó, rápida, una dulce visión de infancia; quizá alcanzó a recordar algunas pilatunas hechas al pobre viejo en la escuela, y la cara se le fue suavizando. Los que estaban cerca del exterminador se dieron cuenta de que ese hombre se salvaría y se alegraron de ello. ¡Diablos!, ya era tiempo de que alguien fuera perdonado!...

...Suéltelo. Pero que se vaya inmediatamente. ¡Otro!, agregó en seguida, sin escuchar las palabras de agradecimiento, húmedas en llanto, que decía su antiguo maestro, quien se alejaba más que de prisa, iniciando allí mismo un éxodo difícil hacia Santa Fe.

El pobre don Juan llegó a Honda y no se atrevía a subir a Santa Fe sin un pasaporte especial. En ese sentido se dirigió a la autoridad republicana de esa ciudad, y ese funcionario le dijo sonriendo:

—Puede usted irse tranquilo. Diga que Maza le perdonó la vida. No necesita más pasaporte.

Del número 72 en adelante las ejecuciones fueron casi sin tramitación

alguna. Maza parecía haber agotado su capacidad de perdón”.

Córdoba llegó después de las ejecuciones y cuando la victoria estaba ya consumada. Su retardo se debió a la traición de los guías Saavedra y Cortina, quienes intencionalmente le desviaron de la ruta verdadera; pero cuando el enérgico comandante se dio cuenta del engaño, ordenó la ejecución de los traidores y volvió sus pasos sobre Tenerife para llegar a abrazar y felicitar emocionadamente a su fiero compañero “Hermógenes Maza”.

El parte oficial del combate fue enviado por Córdoba, pero Maza en las horas de la mañana se había anticipado a comunicar lacónicamente la victoria al Vicepresidente de Cundinamarca. Sobre el particular escribe Bolívar a Santander: “Me alegro mucho del suceso de Maza: el niño es pesado; por cada herida mata 100 hombres; sin más novedad”.

Esta fue en líneas generales la temible batalla de Tenerife cuyas consecuencias tuvieron doble valor en el desarrollo de la Campaña de la Costa Atlántica, porque si por un lado los españoles abandonaron el río para refugiarse en Cartagena, por otro el machete inmisericorde de Maza produjo por medio del terror el suficiente desplome psicológico del enemigo.

Córdoba y Maza siempre mencionaron a Tenerife como motivo de sus hazañas, pero este último que más que por la gloria peleaba por un insaciable odio a los españoles, tratándose de compatriotas, no escatimó momento de

poder pagar sus servicios, así lo demuestra la siguiente carta escrita a Santander cuatro años más tarde...

Cartagena a 29 de octubre de 1824.

Excelentísimo señor:

“Han pasado cerca de cuatro años y no he despegado mis labios para representar a V. E. la importancia del servicio que hice en el Magdalena el año 20, apresando porción de buques armados y de transporte cargados de pertrechos, a cuya fuerza se debió principalmente la rendición de la Ciénaga, la toma de Santa Marta, el bloqueo de esta bahía, la adquisición de esta interesante plaza y la libertad de todo este departamento. El desinterés con que tributo mis servicios a la república y la noble recompensa a que aspiro de ver a la patria libre de tiranos, no me han permitido articular palabra alguna. Pero mi honor, el del gobierno mismo, me obligan a romper el silencio. Porción de infelices que sirvieron a mis órdenes y que después de haber hecho a costa de su sangre tan importante servicio, gimen en la oscuridad y en la miseria, me urgen por las representaciones que tengo el honor de acompañar a V. E. y me cobran como si dependiese de mí la parte que les corresponde de las presas.

Todas ellas, que según la información que también acompaño, ascendían a trece lanchas y dieciocho champanes con los pertrechos tomados de los españoles, que llenaron los almacenes de Soledad, fueron entregados de orden del almirante Brión al general Padilla,

y después de haber servido para las campañas que indico, han desaparecido y no se tiene más noticia de ellos que la de haberse vendido muchas.

Los infelices partícipes culpan mi silencio y con la misma injusticia quizá culparán también al gobierno que lo ignora todo, pero que en su concepto no solo los tiene olvidados sino les retiene el corto interés que se les debe de justicia, y ya no puedo prescindir de suplicar a V. E. se sirva autorizar al intendente del departamento para que

con su audiencia, pues yo cedo a favor de mi patria todas mis acciones, averigüe el paradero de los buques y su valor, y con el de los pertrechos que no es difícil apreciar, y los demás premios que ofrece la ordenanza de corso, se les distribuya para que socorran sus necesidades. Gracia que espera merecer de V. E.”.

Excelentísimo señor,

Hermógenes Maza